

HOMILÍA DE MONS. ZORNOZA EN EL DOMINGO III DE ADVIENTO

Is 35, 1-6.10; Sal 146, 6-10; St 5 7-10; Mt 11, 2-11.

En la S. A. I. Catedral de Cádiz, a 15 de diciembre de 2019

Queridos amigos:

Ya muy cerca de la Navidad, el Evangelio que acabamos de escuchar nos presenta este episodio de la vida de Jesús, donde interviene Juan el Bautista, ya encarcelado por Herodes. Se plantea una pregunta que nos tendríamos que hacer todos en la vida - nuestro tiempo se la plantea seguramente, aunque implícitamente, con más crudeza-: ¿Ha llegado el momento? ¿Qué pasa con este mundo? ¿Va a venir Dios? ¿Tenemos que seguir esperando? ¿Todo el mal que veo y experimento tiene arreglo?

Juan el Bautista vivía en un momento del pueblo de Israel con una conciencia muy viva de que iba a venir el salvador, pues había sido anunciado por los profetas; hacía tiempo que no había profetas en Israel; estaba anunciado que habría un precursor cuando viniera el Mesías -la gente del momento de hecho confunde a Juan con el Mesías de manera que él tiene que rectificar este rumor-. Jesús comienza a predicar, su vida pública, y Juan se da cuenta de que le siguen multitudes, de que tiene palabras que llenan el corazón. Él mismo, que ha predicado la necesaria conversión ante la llegada del Mesías, no sabe a qué atenerse, y envía una embajada a preguntar a Jesús: ¿eres tú, o tenemos que esperar a otro? Jesús no le responde directamente si o no, sino que les dice: “id y contad a Juan lo que oís y veis; los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios...”.

Si os dais cuenta es lo que hemos escuchado en la Primera Lectura. El profeta Isaías ya había anunciado que vendría el Mesías en persona. Se lo dice a los judíos que vuelven del exilio, no les queda nada y suplican a Dios que les devuelva su tierra, y que les conceda poder alabarle, sin la influencia de otras culturas paganas. El profeta responde a esta situación: ¡alégrate!, porque el Señor va a venir, Dios en persona, para cambiar la realidad: los ciegos van a ver y los cojos van a andar. Jesús añade, en la respuesta a Juan el Bautista, algo que no decía el profeta: “Y se anuncia a los pobres la Buena Noticia” ¿Por qué dice esto? Jesús se está dirigiendo a aquellos que el Israel oficial consideraba los “pobres”. Por supuesto tenían mucho de pobreza material, pero también eran considerados con una pobreza espiritual. Los pobres eran todos aquellos que no podían acceder a Dios. Los publicanos, por ejemplo, tenían muchos bienes, cobraban los impuestos, pero se contaban entre estos “pobres”, porque se entendía que eran pecadores, así como las prostitutas. Incluso los pastores, que llevaban el rebaño de otro propietario que se tiraba meses fuera de casa, entraban en este grupo pues se entendía que se quedarían con parte del rebaño, con algo que no era suyo estando el dueño tanto tiempo ausente. Eran pobres de espíritu. Y añade Jesús una bienaventuranza para que le dijeran al Bautista: “y dichoso el que no se escandalice de mí.”

Efectivamente, el Bautista había predicado con radicalidad e ímpetu profético la necesidad de la conversión para la venida del Señor, que vendría en justicia y poder, dando a cada uno según sus obras. Jesús, aunque coincide tanto con esta predicación, muestra su misericordia, que acoge a los pecadores y los perdona. Aquí el escándalo viene porque sólo Dios podía perdonar los pecados. Jesús estaba diciendo, con sus palabras y hechos, que era Dios, Dios hecho hombre, algo que, si inconcebible ahora, más lo era entonces. ¡Dichoso el que no se escandaliza del Señor por esta acción de Dios, esta presencia, esta misericordia!

El mundo de hoy no vive en esa espera del Salvador. La crisis de nuestro mundo es una crisis de esperanza. La gente no espera que Dios le salve, algunos no quieren oír hablar de la Iglesia, de Dios o de Cristo, casi les parece una ofensa que en Navidad haya signos cristianos. Os paseáis por la noche en coche, a Chiclana, a San Fernando, y mirando a las plazas, lo más parecido a un portal de Belén es un par de camellos, o un ciervecito que han puesto. ¿Dónde está el niño Jesús que celebramos? No estamos en la fiesta del Camello. Sin embargo, sabemos que el mundo espera, porque necesita la Salvación.

Muchos piensan que cuando salvemos la naturaleza, luchando por una ecología sostenible, vendrá la salvación; como ha habido tantos que han pensado que la ciencia iba a salvar al hombre. La ciencia le ayudará a vivir, le dará herramientas para hacer la vida más fácil en cierto sentido, pero no redime el corazón del hombre, ni tampoco lo hace la ecología ¿Quién me va a dar a mí la paz? ¿Quién me va a reconciliar por dentro, y me va a dar la vida eterna? ¿Dónde va mi vida, donde acaba, tiene sentido lo que hago? Porque a veces, cuando no tenemos claro el fin, ni sabemos a dónde vamos, para el que no sabe donde va todos los vientos son malos, porque nada te lleva a ningún sitio ni tu sabes donde ir.

Las grandes ideologías de finales del s. XIX y el s. XX fueron los grandes mesianismos que intentaban desplazar la salvación de Dios, el Mesías, y muy especialmente la cultura cristiana, para decir que Dios no existe y proclamar la libertad, por fin, del hombre. Ha pasado ya tiempo suficiente para descubrir que el hombre es más esclavo, no es más libre, está más desesperado; que la ausencia de Dios ha provocado las más grandes tiranías de los hombres, las grandes masacres en los campos de concentración... Y el hombre cada vez más roto, no solamente sigue esperando, sino que, como dice el Papa Francisco, vive en un mundo que es un campo de batalla, donde nosotros tenemos que ser, como Iglesia, “hospital de campaña” para curar a los heridos de la vida. Nuestro mundo sí espera, claro que espera.

La respuesta manifestada en la Liturgia de hoy llena el corazón del hombre, también el nuestro, por supuesto, para reafirmarnos y ratificarnos en la fe, haciéndonos más consecuentes también ¡Claro que tenemos redención y salvación! Dios en persona viene a salvarte, que es lo que celebramos en Navidad, y Él recompone la vida. Y es lo mismo que contesta Jesús: id al Bautista y decidle lo que estáis viendo y oyendo. Es lo que el mundo quiere ver en nosotros y en la Iglesia.

Cuando uno entra en la vida de la Iglesia, la comunidad cristiana, uno comprende que sí existe el amor fraterno, la caridad que recompone el corazón; que cuando el corazón tiene paciencia, esperanza y capacidad de entrega, no solamente es capaz de afrontar sus sufrimientos sino incluso hacerlo con generosidad. Porque la esperanza va unida a la experiencia de un Amor que llena mi vida y me espera eternamente. Así empezamos a amar, a dilatar nuestro corazón, entregamos nuestra vida a los demás, y aquí está el testimonio de tantos misioneros, que son familias, religiosos consagrados... dando la vida por los demás. La esperanza sabe que Cristo es nuestra vida, que ha venido ya y que podemos esperarle porque llena nuestro corazón y esperamos el gozo eterno de su presencia y salvación.

Y mientras tanto, decía el Apóstol Santiago en la Segunda Lectura, la virtud de la paciencia, que no es, al modo de algunas filosofías y prácticas orientales, la supresión de todo sufrimiento, sino todo lo contrario. Es comprender el camino del Salvador, del que ha venido a salvarnos, que es la Encarnación. Cristo ha venido a salvarnos, pero no con bombo, platillo y un ejército, sino en humildad, y desde dentro cambiar la vida, las relaciones de las personas... Eso exige paciencia, entrega, cultivar un amor capaz de darnos una personalidad y un sentido cristiano de la vida. Nos hace capaces de ayudar a los demás, entregarnos, compartir... Qué bonita es la vida de la Iglesia y qué grandiosa es nuestra fe, porque es inseparable de ese amor que llena nuestro corazón, y es inseparable de vivir en la esperanza, sin la cual no hay sentido.

Recordaréis la experiencia del psiquiatra judío Víctor Frankl, que fue llevado en la Segunda Guerra Mundial a un campo de concentración, y se libró finalmente de morir en el exterminio. Él ya había terminado su carrera y estaba elaborando su tesis sobre la logoterapia, que demostraba que el hombre no podía vivir sin sentido, esperanza, amor; que cuando el hombre no tiene este sentido de la vida, se derrumba. En el campo de concentración fue comprobando que muchos presos, en circunstancias penosas de trabajos forzosos, hambre, maltrato, se mantenían en la vida porque sabían que alguien fuera les esperaba: mujer, hijos, familia... Y de hecho, muchos de ellos, si llegaban a enterarse de que habían fallecido estos familiares ya no querían vivir ni seguir luchando, y se derrumbaban, y morían. Frankl sobre eso desarrolla un sistema psiquiátrico que implantó desde Viena, que cosechó mucho éxito, intentando mostrar los caminos de esperanza que dan sentido a la vida.

La clave de la vida cristiana, nosotros la tenemos ya, lo que da sentido a nuestra existencia, nuestra esperanza, el amor que nos sostiene, es que Dios ha venido a salvarnos y nos espera, y todo lo que hacemos tiene sentido porque sabemos a donde vamos y con quien nos encontramos, y aunque esto no sea el cielo, y estemos llenos de dificultades, qué grande es el Señor que ha venido a salvarnos y qué grande este camino que transforma nuestra humanidad, purifica nuestra vida, nuestra familia, nuestro trabajo, nuestra capacidad de sufrir, de descansar, de gozar... cristificándonos... haciéndonos otros Cristos... Dejando que Cristo viva en nosotros.

Esa es la paciencia que nos pide el Apóstol Santiago, que es la perseverancia en la fe. Él además nos hace una exhortación pidiéndonos que evitemos los escollos que dificultan el avance en la vida cristiana: la queja, que es típica cuando falta la esperanza, y la crítica.

Son dos válvulas de escape que se manifiestan cuando algo no está bien en nosotros, cuando no vivimos esa esperanza que debe sostenernos.

Nos falta poco para la Navidad, no os olvidéis. El mensaje de hoy es que viene Dios en persona a salvarnos, a cambiar nuestra vida, a redimir nuestro corazón y a llenarnos de esperanza. Dios espera que el mundo pueda decir a causa de nosotros: contad lo que habéis visto y oído. Es el testimonio de los que viven en esperanza, que ayudan a los demás, que son felices, que son capaces de ser fieles. Así vale la pena vivir. Ahí empieza el apostolado, la evangelización, nuestra misión, que es mostrar la grandeza del corazón de Dios que nos llena a nosotros, y ofrecérselo a los demás, porque Jesús viene a salvarnos a todos. Que así sea.